

en su juventud vió un acto providencial; que triunfó de tanto obstáculo; que vé realizado su presentimiento en el momento mismo en que parecia perdido; él que era sinceramente creyente, ¿qué ofrenda podia elevar más grata al autor de la naturaleza, que la oracion y las lágrimas? Y nosotros que podemos juzgar de los sucesos à través de cuatro siglos, aunque no participemos del criterio histórico providencial de Bossuet y Cantú, ¿qué pensamos de ese conjunto de casualidades que llevan à Colon de la casa del cardador de lanas al mar, de Génova en el Mediterráneo, à Lisboa centro de los descubrimientos en el Océano, de Portugal à la Rábida, de la ciencia del consejo de Salamanca, à la inspiracion de Isabel? ¿qué de esa intuicion que impidiéndole seguir los consejos de Pinzon, le aparta en medio del Océano, de la inmensa barrera del mar de sargazo, y que impulsándolo à derivar al Sur en los últimos dias de la navegacion le evita un naufragio casi seguro en los bancos del canal de Bahama, ó la rebelion de sus marineros si hubiera seguido en direccion à la Florida? Pensamos que ya no podemos explicarlo, ni participar todos de su sincera piedad, debemos respetar y alabar la fé de quien impulsado por ella, fué à buscar, en medio de las peligrosas soledades del Océano desconocido, aquella luz, faro que iluminó su vida entera.

¿Cuánto valor inspiró à Colon esa su sencilla fé! Recordemos que el mar de sargazo del Atlántico, tan modificado hoy por las corrientes marinas, fué acaso el mayor motivo de que entre las montañas Calpe y Abila escribiesen fenicios, griegos, cartagineses y romanos *"nada hay mas allá;"* recordemos que si Colon habia puesto à tributo toda la ciencia de su tiempo, habia en su proyecto una tan gran parte que no era sino conjetual é hipotética, que él mismo despues de catorce años de exploradas las tierras que descubrió, murió creyendo que Cuba era tierra firme y que formaba parte del Asia. ¿Ni, cómo podia haber sospechado el Golfo de México, ni ménos la inmensa extension del Pacífico, del que, hasta Vasco Nuñez de Balboa, nadie pudo afirmar la existencia entre los europeos? Aunque Colon hubiera conocido la evaluacion meridiana de Eratósthenes, ¿cómo la habria verificado si estaba olvidada hasta la unidad de medida, el codo egipcio? Hoy mismo en que las nociones de cosmografia, racionalmente demostradas desde la escuela rudimentaria son vulgares ¿no es verdad que la mayoría del vulgo, no entiende, y apenas admite que nuestros antípodas estén con nosotros piés contra piés como dice Lactancio? E ir à buscar la solucion de esos problemas en medio de los furioses de un mar sin límites conocidos, rodeado de gente ignorante y supersticiosa, fué gran acto de valor. ¿Y con qué medios! En nuestros dias, ha surcado ese mismo Océano un buque el *"Great Eastern,"* cuyo casco era todo de hierro, su registro de veinticinco mil quinientas toneladas, la fuerza de sus propulsores, hélice y ruedas, dos mil seiscientos caballos de vapor, su tripulacion, más de quinientos marineros y maquinistas, gobernados por oficiales inteligentes é instruidos; sus departamentos podian contener diez mil pasajeros; y ese coloso de los mares que viajaba entre dos puertos de los más conocidos, Liverpool y New York, fué el juguete de los furo-

res de ese Océano que le arrojó inválido al Mersey. Comparadlo con los barcos de Colon: la *Santa Maria*, el mayor de todos, tenia 129 toneladas; la tripulacion de sus tres naves 120 hombres; su propulsor, el viento; su destino, desconocido. La *Santa Maria* naufragó y Colon repasó el Océano en la *Niña* que no media sino 50 toneladas y en ella resistió el escepcionalmente tormentoso invierno de 1492 en medio del cual, las olas le arrojaron à la boca del Tajo. ¿Con cuánta razon el ilustre navegante invocaba à Dios!

*
* *

La historia de Colon debiera terminar con el descubrimiento de América y la espléndida recepcion que le hicieron el pueblo español y los Reyes Católicos en Barcelona. ¿Qué grato nos fuera ignorar, que el hombre que unió al conocido, el medio mundo ignorado, vivió trece años más, que debiendo ser de veneracion, de recompensas y de honores, lo fueron de envidias, de intrigas palaciegas, de humillaciones y de desastres! La integridad humana se siente ofendida de ver à un Rey como Fernando esquivar con sutilezas el cumplimiento de sus obligaciones con Colon; à un obispo Fonseca, corazon roido por el despecho y la envidia, enredar en telas de araña al que habia roto la barrera del Océano; à un Bobadilla covachuelista intrigante y brutal, sujetar con férreas cadenas las manos que habían abierto las puertas del Occidente; à una horda de presidiarios, insurreccionarse contra la autoridad del que les había quitado los grilletes. La dignidad humana se subleva recordando que el domador del Atlántico fué el primero que lo atravesó preso, cargado de pesados hierros. ¿Cómo quisiéramos ignorar tambien que Colon, erró en el gobierno de los pueblos descubiertos, erró humillándose à pretendiente, erró sobre todo, admitiendo el principio de esclavitud de los americanos, si bien fué más el error de su tiempo que el suyo! Cómo anhelariamos que los destellos de luz que irradian de la diadema de gloria que ciñe las sienas de aquel hombre para siempre inmortal, no se empañasen ni con una sola gota de sangre europea ò americana! Pero Colon, no por ser un genio dejaba de ser hombre, y una vez entrado en la vía del gobierno de los hombres y de los intereses ordinarios de la vida, no podia escapar, ni como agente ni como paciente, à las duras leyes de la politica. Una injusticia más grave, porque será imperecedera, sufrió Colon despues de muerto; injusticia cometida por el mundo entero, injusticia que no podia llamarse siquiera anónima, porque ese mundo habia descargado la responsabilidad sobre un inocente. ¿Por qué esta tierra se llama América y no Colombia decian todos? y todos respondian: porque Américo Vespucio usurpó à Colon la gloria de dar su nombre al Nuevo Mundo. Este fraude, el más grande que se ha cometido, lo ha puesto en claro últimamente Varnhagen. Waldsemüller, librero en Saint-Dié. Lorena, escribió y publicó en 1507, un año despues de la muerte de Colon, un libro de cosmografia que llevaba como apéndice *Los cuatro viajes de Amérigo Vespucci*, escritos por el mismo Vespucio y dedicados à Renato II duque de Lorena. En ese libro que Waldsemuller publicó bajo el pseudónimo helénico de Hylacomylus, propuso,

llo de admiracion por Vesputio, é ignorante de las cosas del Nuevo Mundo, que á las tierras descritas por Américo, se les llamase América. El libro, muy popular, fué muchas veces reeditado por Gautier Lud y esparció por toda Europa la denominacion propuesta. Pero Hylacomylus hizo más. Al publicar en 1522 una edicion de la geografia de Ptolomeo que el librero lorenés preparó desde 1513, incluyó en ella la primera carta, toscamente dibujada, del Nuevo Continente, nombrándole «América.» Waldsemüller fué, pues, el cómplice, hasta hoy anónimo, del fraude hecho á la gloria de Colon, y Vesputio murió sin saber que habia legado su nombre al Nuevo Mundo. Por desgracia hay injusticias, fraudes y usurpaciones cometidas por el mundo entero, que él mismo queriendo, no puede reparar!

* *

Pero cualesquiera que hayan sido las injusticias cometidas con Cristóbal Colon, cualesquiera los errores que él cometió, su gloria es tan grande, su mérito tan indiscutible, los resultados de su empresa tan inmensos, que ellos han cambiado para el hombre, física, moral é intelectualmente, la faz de la Tierra, y sus ideas sobre la mecánica del cielo. Posible es que dando vuelta al Africa se hubiera llegado por el Asia y el Pacifico á la América; pero es inútil discurrir sobre lo hipotético, cuando se tienen hechos tan positivos. Así con el descubrimiento de Colon, al que forzosamente siguieron los de Ojeda, Pinzon, Balboa, Cabral, Cortés, Almagro, Magallanes, Del Cano, que á los treinta años de descubierta América, dió la vuelta al globo terrestre, hasta Cook, La Pérouse, Bougainville, Davis, Behring, Franklin, y Nordenskiöld, el hombre ensanchó el campo de la ciencia y pudo determinar con Copérnico y Galileo, la forma y movimientos de la tierra; con Newton y Kepler las leyes de atraccion universal; en el órden social y económico ha aumentado su bienestar estrechando las relaciones de pueblos con pueblos, permutando conocimientos, productos naturales, y artefactos; en el político y moral abrió medio mundo á la fundacion de nacionalidades que exentas de ciertas tradiciones, han establecido pueblos cuya base de gobierno son la dignidad y libertad humanas

No disputemos á un grande hombre la obra de su génio; otorguémosle lo mismo que á la magnánima Isabel, nuestra admiracion ilimitada. Y si vosotros sentís como yo, gran dicha en vivir en uno de los más grandes y hermosos paises del Nuevo Mundo, imitemos á su descubridor cuando posó en él la planta por vez primera; sí, aparte disidencias de culto y nombre, sentís que os eleváis imitándolo é imitando á las más ilustradas, prósperas y poderosas naciones de América en sus dias solemnes, tributemos honra y gloria á Dios por tan grandes sucesos, démosle, gracias por habernos puesto en este privilegiado suelo y pidámosle siga derramando sus beneficios sobre los hombres, que habitan del extremo boreal al austral del continente descubierto por Cristóbal Colon.



AL DESCUBRIMIENTO de América.

ODA.

¡Miradlos . . . allá van! El infinito
Se ofrece solamente á su mirada.
Del ronco mar el estruendoso grito
No amengua la entereza
Con que dieron principio á la jornada.
¡Miradlos . . . allá van! Montes de espuma
Corta doquiera la tremante quilla,
Y flota entre la bruma
El pabellón glorioso de Castilla.
Y se van . . . y se van . . . Ingratos dejan
Los seres de su amor y sus hogares,
E impávidos se alejan
En frágil leño por ignotos mares.
¿Y quiénes son? . . . Intrépidos marinos
Que de Colón el genio soberano
Conduce del Atlántico en las ondas;
Ignoran sus destinos,
Y en leves caravelas,
Juguetes ¡ay! del piélago profundo,
Van á ver á su paso
Espléndido surgir un Nuevo Mundo.

El sol setenta veces en Levante
Salió del mar, y se ocultó en Ocaso,
Desde el solemne día
En que altivos dejaron
Las playas de la hermosa Andalucía.
Muchas veces su atónita mirada
Vió de la noche en el oscuro manto
Brillar al Norte la Polar Estrella,
Y mostrarse en el Sur, con el Centauro,
La Cruz meridional radiante y bella.

Caminan más y más, y en el lejano
Confín del horizonte,
Ansiosa busca su mirada en vano
La tierra, objeto de su ardiente anhelo;
Mas solo encuentran soledad que espanta,
Del líquido desierto la fiereza,
La inmensidad del mar bajo su planta,
La inmensidad del cielo en su cabeza.

Caminan más y más, y no aparece
Lo que vieron en mágicos ensueños;
Ya su ánimo cansado desfallece,
Pues del horrible mar la saña impía
Apagó con la fe que los llevaba
La entereza y valor del primer día.
Vacilan, dudan, temen

Que conducidos por traidora suerte,
Encuentren en abismos pavorosos
Fieros tormentos y espantosa muerte.
Ya no quieren seguir. ¡Atras volvamos!
Claman, y se rebelan, y atrevida
Su mano audaz pretende
Al gran marino arrebatár la vida.
«¡Esperad! ¡Esperad!» Colón prorrumpe.
«¡Esperad! Si en tres dias
Esa anhelada tierra que persigo
No surge de las olas,
El rumbo de las naves
Volveré hacia las playas españolas.»

Y esperaron por fin. El primer día
Pasó muy triste y lento;
Lento y triste también pasó el segundo,
Y al horizonte el Genovés tendía
La vista incierta con afán profundo;
Mas ¡ay! al Nuevo Mundo
Oculto el horizonte mantenía.
Huyó la luz. La noche con su velo
Aumentó la tristura,
Y cubrió con su negra vestidura
El mar extenso y el extenso cielo.
Colón tranquilo en la cubierta espera,
Y del genio el fulgor brilla en su frente;
Parece que presiente
Que su ilusión hermosa y lisonjera
Realizará muy pronto en Occidente.
Las tinieblas imperan. Sólo se oye
Del piélago las olas cuando rugen,
El viento cuando gime,
Y los cansados mástiles que crujen
Del espacio señora,
Con sus pálidos tintes en Levante
Se anuncia ya la aurora;
Y de oro y rocicler, la luz teñida,
Acelera su paso
Y muestra en el Ocaso
La tierra apetecida.
¡Tierra! prorrumpe el marinero Triana,
¡Tierra! ¡Tierra! repiten por doquiera
Tierra hermosa sus ojos contemplaron,
Y Colón con su planta soberana
Y los hijos de Iberia, al fin hoyaron
Las playas de la tierra americana.
¡Gloria á tí! ¡Gloria á tí! ¡Mil veces gloria!
El mundo ante tu efigie se arrodilla,
Y, sin par en la historia,
Con diamantina luz tu fama brilla.
Hoy la jóven América dichosa,
Con infinito amor su voz levanta,

Y en himno cadencioso y resonante,
Tu genio audaz y tus virtudes canta.
Con júbilo, repite,
Desde los hielos árticos al Plata,
Tu nombre bendecido, y lo saludan
Del Niágara la inmensa catarata,
Del Michigan las linfas bullidoras,
El raudal de Amazonas soberano,
La gélida corona del Sorata,
Y las olas del Golfo Mexicano.

MIGUEL SALINAS.

A COLON.

¡«Allá!»—dijiste;— y con la fé en el alma,
Atravesaste dilatados mares
Ora en la tempestad, ora en la calma,
Desafiando á las aguas seculares;
Sin temer de tu gente el descontento,
Ni medir de tu empresa los azares;

Cobrando á cada riesgo nuevo aliento
Para tu fé, por todo combatida,
Y sin cejar en tu glorioso intento,

Llegaste á realizar tu idea querida;
Lograste descubrir el Continente
Que era el sueño dorado de tu vida,

Y alabando con lábio reverente
La realidad de tu querido ensueño,
Radió de gloria tu serena frente.

.....
Volviste á España con sublime empeño
A dar cuenta á los reyes de esa gloria
Dándoles la region de que eras dueño.

Y cuando por tu empresa meritoria
Merecías que la España te premiara
Alzando un monumento á tu memoria,

Viste perderse tu ilusion más cara,
Ante los rudos golpes que la envidia
Sobre tu noble frente descargara!

Tus compañeros, con desleal insidia,
Aprovechando su regreso á España
Te dieron pruebas de su audaz perfidia

Y aunque era injusta su cobarde zaña,
Hizo cambiar tu veleidosa suerte,
Ya que eclipsar no consiguió tu hazaña.

¡Sólo tú, tan intrépido y tan fuerte,
Pudiste soportar la ruda pena
Que á otro hubiera causado horrible muerte!

¡Te aherrojaron con bárbara cadena!
Y sepultado en calabozo inmundo
Viste tu vida de amargura llena,

Y tú, Colon, que descubriste un mundo,
Recibias como sóla recompensa,
El dolo y abandono más profundo!

¡Pero todo pasó! Tu gloria inmensa
Fué por España á poco pregonada,
Y todo el mundo tu recuerdo incienso.

Hoy, en cada lugar, es ensalzada
Con inmenso cariño tu memoria,
Tan grata como eterna y respetada.

Que al fin, el mundo, en su severa historia
Tus hechos escribió con letras de oro,
Y ostenta cual riquísimo tesoro,
Las páginas hermosas de tu gloria.

Cuernavaca, Octubre de 1892.

FLORENTINO E. RAMIREZ.

¡COLON!

Del siglo quince corría
La década postrimera,
Cuando Colón ofreciera
Que un mundo descubriría.
Tal empresa parecía
Tan difícil é increíble,
Tal rayaba en lo imposible,
Que la España, sin prudencia,
Al sabio creyó en demencia
Y el proyecto vió risible.

*
Mas el Cardenal Mendoza
Que ante Isabel lo llevara,
Hizo una defensa clara
De aquella empresa grandiosa.
El rey Fernando, dudosa
Halló de Colón la idea;
Mas pensando en la presea
Que envuelve aquel pensamiento,
En Salamanca, al momento
Manda que estudiado sea.

*
En San Esteban, demente
Muchos sabios lo creyeron;

Pero en cambio otros le dieron
Aprobación elocuente,
Fray Rivera que hizo frente
Al grupo que bien juzgó,
La octava parte ofreció
De los gastos, al marino
Que en alas de su destino
Marchaba al país que soñó.

*
Sin embargo, los monarcas
No podían agregar nada,
Pues la guerra con Granada
Había vaciado sus arcas.
Eran condiciones parcas
Las que Colón proponía;
Pero España no tenía
Para secundar la empresa,
Más que solemne pobreza
Que su frialdad mantenía.

*
Entonces, pensó en la Francia
Que entusiasta lo llamaba,
Y hacia allí se encaminaba
Con resignada constancia.
Mas de Fray Perez á instancia
Doña Isabel lo volvió,
Y sus joyas ofreció
Para aventurar la empresa,
Mostrando así la grandeza
Que siempre la distinguió.

*
Muy pronto las caravelas
Reconstruidas estuvieron,
Y en el mar lanzadas fueron
Hinchando el aire sus velas.
En Agosto, tres estelas
Sobre las ondas dejaban,
Y los de Palos, enviaban
Sus adioses postrimeros,
A los sombríos marineros
Que en aquellas se alejaban.

*
Al fin de Colón el sueño
A cumplirse comenzó,
Y satisfecho creyó
Ver realizarse su empeño.
De la Santa María dueño,
Le sucedían los Pinzón
Que de gloria en la ambición
Sus proyectos acojieron,
Y entusiastas le siguieron
A la ignorada región.

Fuera prolijo contar
La penosa travesía
En que la Santa María
Llegó por fin á encallar.
Colón comenzó á observar
Que cada rudo marino
Sería su infame asesino
Con la más odiosa zaña,
Si no regresaba á España
De donde entusiasta vino.

*
De Cádiz segunda vez
La flota el ancla levó,
Y en noventa y tres partió
El ilustre genovés.
El ibero en la avidez
De fabulosa riqueza,
Acometió aquella empresa
Que loca le parecía,
Cuando en ella no veía
Una magnífica presa.

*
La tercera expedición
Que en Barrameda empezó,
¡Cuánta amargura dejó
En el alma de Colón!
Por la injusta acusación
Que ante los reyes le hicieron,
Gruesas cadenas pusieron
A ese ser extraordinario
Que por pobre visionario
Los incrédulos tuvieron.

*
A pesar de este revés
Que le deparó la suerte,
De aquel espíritu fuerte
No se abatió la altivez.
Luchó una vez y otra vez
Hasta descubrir ufano,
Este suelo americano
Con cuyas montañas de oro,
Se robusteció el tesoro
Del gran reino castellano.

*
Y cuando á tanto luchar
Con infatigable arder
Necesitó del calor
Y la calma del hogar,
Vino Colón á encontrar
Por más que saberlo asombre,
Una ingratitud sin nombre.